

JOSE MANUAL CASAS TORRES (1916-2010) Y ALFREDO FLORISTÁN SAMANES (1921-2009) IN MEMORIAM

A lo largo del tiempo transcurrido entre la última quincena del año 2009 y los días finales de mayo del 2010, la Geografía española ha sufrido el duro golpe de perder a dos de sus maestros, además de colegas y amigos, los Profesores Alfredo Floristán Samanes, en diciembre de 2009, y José Manuel Casas Torres, en pleno año 2010. Con la particularidad de que, entre ellos, pese a la diferencia de edad, y quizás por lo mismo, existió una seria relación de maestro y discípulo —Casas dirigió la tesis doctoral de Floristán, la primera de una larga serie— pero, no menos, una importante comunidad de sentimientos e ideas y, sobre todo, una amistad profunda no exenta, a menudo, de una cierta contraposición de opiniones, que, sin duda, enriqueció a ambos y, es posible, a su misma actividad intelectual y profesional.

El pasado día 30 de mayo de 2010 falleció el Profesor Dr. D. José Manuel Casas Torres, uno de los creadores y mantenedores más significados, con D. Manuel de Terán y D. Luis Solé Sabarís, de la Geografía universitaria española a partir del final de la Guerra Civil española. Una tarea que llevó a cabo con tesón y perseverancia a través de sus sucesivas Cátedras de Geografía en las Universidades, primero de Zaragoza, y después de Madrid, pero también por su presencia en los Institutos de Geografía «Juan Sebastián Elcano» y de «Geografía Aplicada» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Excelente docente y experto investigador dejó tras sí un buen número de discípulos y colaboradores de probada calidad, hoy dispersos por diferentes universidades españolas, así como por varios de los departamentos geográficos del CSIC y por una amplia gama de los Institutos de Bachillerato españoles. A su lado es imprescindible recordar su valiosa aportación al conocimiento de la Geografía española y universal a través de una vasta lista de publicaciones científicas y sus tempranas y continuadas relaciones con numerosos geógrafos extranjeros gracias a su bien demostrada presencia en los Congresos Internacionales convocados por la Unión Geográfica Internacional. Una entrega a favor de los estudios geográficos que no cesó con su jubilación en 1987 sino que continuó sin descanso hasta poco antes de su muerte, no sólo en Madrid, sino también en Zaragoza y Pamplona, con cuyos Departamentos geográficos siguió colaborando.

Valenciano de nacimiento, aunque de estirpe aragonesa, José Manuel Casas Torres, estudió Derecho y Filosofía y Letras en la Universidad de su ciudad natal en la que fue algún tiempo Profesor Auxiliar de Geografía. En 1942, obtuvo el grado de Doctor en Letras por la Universidad Central, única que los concedía, con una tesis dirigida por el Catedrático de la Universidad de Valladolid Dr. D. Amando Melón y Ruiz de Gordejuela, uno de los pocos geógrafos existentes en el momento. Se trataba de una excelente memoria doctoral, una de las primeras tesis geográficas presentada después de 1940. La investigación fue también una de las primeras publicaciones del Instituto «Juan Sebastián Elcano» (CSIC) aparecida 1944. Estudia «La vivienda y los núcleos de población rurales de la Huerta de Valencia», y, galardonada con el Premio «Me-

néndez y Pelayo» del mismo Consejo, es, no sólo una obra pionera en la Geografía española universitaria, sino también una seria aportación al conocimiento de la realidad nacional y valenciana con indudables valores que hacen de ella un auténtico modelo del buen hacer geográfico.

Muy poco tiempo después, obtuvo por oposición la Cátedra de Geografía de la Universidad de Zaragoza, en la que permaneció hasta su traslado en 1966 a la segunda Cátedra de Geografía de la Facultad de Letras madrileña, antes dirigida por su maestro D. Amando Melón, en la que se jubiló. En total, veintidós años de fecunda actividad en Zaragoza y, enseguida, otros veinte en Madrid. Una larga andadura académica de la que puede dar buena prueba el considerable número de tesis doctorales por él dirigidas y en bastantes casos publicadas, con un total de 68, de las cuales 22 en su etapa zaragozana y 46 en la madrileña y 22 memorias de licenciatura.

Su nombramiento de Catedrático universitario tenía fecha de 4 de julio de 1944. Iniciaba así, y más en concreto, en octubre de aquel mismo año, una primera etapa en su vida académica, esencial desde muy diferentes conceptos, centrada en la Universidad cesaraugustana, y que finalizó en 1966. Entonces, tras uno nuevo concurso oposición pasará a desempeñar la Segunda Cátedra de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, en la que sucederá, tras su jubilación, a su maestro Amando Melón. En ella permaneció hasta los años setenta, casi otros veinte y un años. A lo largo de ese largo periplo su aportación ha sido no solo fecunda sino magistral y de difícil recapitulación. Una labor que no cesó con la jubilación sino que continuó hasta prácticamente su fallecimiento.

Ante todo, José Manuel Casas Torres ha sido un maestro de la docencia y de la investigación. Quizás, su principal prueba se encuentra en la realidad de lo que, en ciertos momentos y cenáculos, se ha denominado «el grupo o escuela geográfica de Zaragoza», formado en torno a su actividad universitaria en esta última ciudad y de la que se ha derivado un conjunto de discípulos directos e indirectos, hoy figuras destacadas en la vida universitaria nacional, que no sólo permanecieron —y permanecen todavía— en dicha Universidad cesaraugustana, sino que también se han extendido a la misma Complutense y a la UNED de Madrid, a Pamplona, a Granada, a Málaga o a Santiago de Compostela. Una tarea académica que tiene también su mejor traducción en el mayor número de tesis doctorales de Geografía dirigidas y presentadas en España desde el final de la Guerra Civil hasta casi el momento actual. En total, 58 memorias doctorales, de las cuales 21 en su etapa zaragozana y el resto (37) ya como fruto de su presencia en la Universidad Complutense. Una tarea magistral en la investigación que estuvo, además, completada y confirmada por un número mayor de memorias de Licenciatura inspiradas y dirigidas por él en torno al centenar, de las cuales ochenta seis desde el curso 1967-1968, en la Complutense de Madrid. Y muchas de ellas, tesis y tesinas publicadas en diferentes medios de comunicación, libros y artículos de revista científicas.

En una neta línea de preocupación por el desarrollo de la investigación geográfica y, en cierta medida, por su difusión en la sociedad española, hay que situar su afán. Desde el primer momento, ya en los años cuarenta, contribuyó a la organización y fomento de la revista «Estudios Geográficos», de la que fue, entre 1940 y 1950, vicedirector y

en la que aparecieron algunas de sus primeras producciones científicas, «La barraca de la Huerta de Valencia», «Sobre la Geografía humana de la ría de Muros y Noya» y «Sobre la Geografía humana del Valle del Lozoya». Y ello dentro del organigrama del Instituto «Juan Sebastián Elcano» de Geografía (CSIC), en el que fue el fundador y director de su primera delegación fuera de Madrid, el Departamento de Geografía Aplicada, ubicado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza, y enseguida convertido en Instituto del mismo nombre. Su crecimiento tanto personal como científico culminará en el lanzamiento de una nueva revista, portavoz de dicho Instituto, «Geographica», cuya primera entrega se produjo en 1954 y que ha sido uno de los mejores exponentes, con importantes trabajos personales incluidos en ella, de su quehacer y de su talante. Así afirmaba, en 1972, Amando Melón, en el prólogo a un volumen dedicado a las «bodas de plata» de Casas Torres con la docencia, «puede actuar y actuará diligentemente como profesor animador de vocaciones y publicaciones, promotor de estudio e investigación, ponente de Tesis doctorales y Memorias de Licenciatura y forjador de docentes universitarios».

Junto a «Geographica» e, incluso, como un precedente significativo a su nacimiento, hay que considerar otro importante aspecto de su preocupación por la difusión geográfica, la creación de una de las primeras y más valiosas colecciones de libros científicos sobre Geografía, la publicada desde 1947 bajo el amparo del Instituto de Geografía Aplicada en colaboración a menudo de otros organismos, el Instituto de Estudios Pirenaicos, la Institución «Fernando el Católico», entre otras y, en definitiva, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En ella se recogerá un importante número de las memorias doctorales y de licenciatura realizadas en el Instituto y dirigidas en muchas ocasiones por el mismo Profesor Casas Torres.

En total, un centenar de libros, ofrecidos mayoritariamente en dos formatos concretos y diferentes, en holandesa y en octavo, y aparecidos primero en Zaragoza y, después, también en Madrid, Granada y Santiago de Compostela. Por lo general, los volúmenes en holandesa sirvieron de lanzamiento a numerosas tesis doctorales, la mayor parte de su dirección y algunas otras de otros profesores universitarios. Tras un primer intento, «La Ribera Tudelana de Navarra» (1952) de Alfredo Floristán Samanes, en que se mantuvo el modelo de las primeras publicaciones del Instituto Elcano, a ese tamaño se atuvieron, por ejemplo, «Contribución al estudio geoeconómico de Soria. Mercados geográficos y ferias» (1957) de María Rosario Miralbés Bedera, «La población de Navarra. Estudio geográfico» (1958), de Margarita Jiménez Castillo, «Las comarcas de Borja y Tarazona y el Somontano del Moncayo», de Eusebio García Manrique, «Evolución reciente y estructura actual de la población en las Islas Baleares» (1970) de Bartolomé Barceló Pons, «El Valle de Lecrín. Estudio geográfico» (1972) de Francisco Villegas Molina y «La Vega de Granada» (1974) de Carmen Ocaña, entre un total próximo a los treinta volúmenes.

Y, por otra parte, la serie en octavo, iniciada con una pequeña pero fundamental obra coordinada por José Manuel Casas Torres, «Iniciación a la Geografía Local (Guía para el estudio de un municipio)», contuvo preferentemente tesis dedicadas al estudio de determinados municipios considerados como prototipos a considerar por los investigadores geógrafos. Entre los 17 volúmenes aparecidos entre 1953 y

1964, pueden destacarse «Encinacorba. La vida rural de un municipio del Campo de Cariñena» (1954), de Manuel Ferrer Regales, Sobradriel. Un municipio de la Vega de Zaragoza» (1955), de I. Fernández Marco, «Salduero. Estudio de un municipio de los pinares sorianos del Alto Duero» (1958), de Ana María García Terrel. Es claro que, a su lado, se encuentran obras de carácter diferente por el tema y la intención, pero siempre muy valiosas: «El modelado periglaciario» (1953) de Floristán Samanes, «Bibliografía geográfica del Marruecos español y la zona internacional de Tánger» (1955), de Salvador Mensua Fernández y «La emigración española a Bélgica en los últimos años» (1964) de Eusebio García Manrique.

Además, en esta tarea editorial tan poco frecuente al menos en aquellos momentos, no faltaron obras muy distintas pero de considerable valor bibliográfico e histórico, como la «Historia de la Economía Política de Aragón» (1947) de I. de Asso, o las «Observaciones sobre la Historia Natural, la Geografía, la Población y Frutos del Reino de Valencia» (1958) de Antonio Joseph Cavanilles, ambas con estudios preliminares del editor, José Manuel Casas Torres. O, también las dos primeras «Aportaciones» a los Congresos Geográficos Internacionales, las correspondientes a Londres (1964) y Nueva Delhi (1968), editados con la colaboración del Instituto Elcano, o los tres volúmenes de «Fuentes cartográficas españolas», referidos a Castilla la Nueva y Madrid (1972), a Cataluña (1972) y la región valenciana (1976). Y lo expuesto es sólo una mínima parte de lo realizado y en la que Casas tuvo una participación decisiva. Con posterioridad, a partir de los años setenta, aunque conservando las mismas siglas, estas series, en especial las gallegas, adquirieron formas nuevas y se acogieron a otros patronazgos.

Valor parigual, al menos, tiene la investigación en la vida académica del Profesor Casas y que nos ofrece como primera gran obra su tesis doctoral, ya citada. Desde entonces y a lo largo de sus más de cuarenta años de vida universitaria, son numerosas las investigaciones iniciadas y llevadas a buen fin y que han dado lugar a numerosos libros y abundantes artículos en revistas científicas. En total, su bibliografía se aproxima al centenar de títulos, incluidos los que son fruto de su intervención en varios equipos de trabajo.

Entre estos últimos, debe subrayarse un conjunto de estudios relacionados con el conocimiento de Madrid y su área metropolitana y que han dado lugar a diversos trabajos aparecidos en los últimos volúmenes de «Geographica» y que son conocidos con el nombre genérico de «Atlas Social de Madrid». Otra fecunda línea de investigación ha sido la Geografía de la Población y que ha culminado, en espera de una continuación ya imposible, en «Población, Desarrollo y Calidad de Vida» (1982). Tampoco se puede olvidar la serie de distintos ensayos dedicados al Valle del Ebro y, más aun, a Aragón, fruto de su permanencia en la Universidad zaragozana, y que tienen una excelente versión en los capítulos sobre «La naturaleza» y «Los hombres y su trabajo», las dos terceras partes del texto total, del «Aragón» (1961) patrocinado por el Banco de Aragón y escrito en colaboración con José María Lacarra y Fabián Estapé. Finalmente, hay que subrayar su preocupación siempre viva por la aplicación y el utilitarismo de la Geografía y base teórica del Instituto de Geografía Aplicada, y su búsqueda incesante de nuevos caminos e instrumentos en el desarrollo de la ciencia geográfica, siempre visibles en sus frecuentes notas y recensiones bibliográficas en las

numerosas publicaciones periódicas en que intervino. Sin embargo, toda esta densa y tensa tarea estuvo siempre presidida por su adscripción, al menos personal y visible en todo momento en su obra, a una determinada manera de entender y hacer geografía, la propia de la escuela regional francesa y que el mismo subrayará.

Dada su constante preocupación por la enseñanza de la geografía, resalta también su aportación a una bibliografía estrictamente docente y en la que se encuentran textos que han tenido en España un largo periplo y una general aceptación. Sus traducciones de dos de los manuales clásicos de la escuela francesa es su mejor prueba; primero, en 1945, apareció, adaptado y renovado por el traductor, el «Manual de Geografía Física, Humana y Económica» de André Allix, y, después, en 1967, agotadas las posibilidades del primero, el «Compendio de Geografía General» de P. Gourou y L. Papy. Ambos fueron durante más de treinta años la base del estudio universitario de la Geografía, y eso a pesar de que, originariamente, no eran más que unos textos, excelentes sin duda, del Bachillerato francés. En la misma línea, aunque dirigidos al análisis regional del mundo actual y sin haber alcanzado el favor de los primeros, se encuentran otras dos obras. La «Geografía Descriptiva. Países» (1975), más conocida por el nombre de su editora Rialp y que, en realidad, es una recopilación sin adaptación ulterior de las entradas de geografía descriptiva de la «Enciclopedia Rialp». Objetivo similar tiene la «Geografía Descriptiva» (1979), en tres volúmenes publicada por Emesa. En estas dos últimas obras, de realización colectiva en la que intervino un considerable número de geógrafos ligados por su origen a Casas Torres, la dirección y la inspiración de éste es evidente y diáfana.

Como final, no es posible olvidar su actividad internacional, en Europa y América, con referencia especial a su presencia en numerosas reuniones de la Unión Geográfica Internacional, desde los Congresos de Lisboa (1949) y Washington (1952) hasta el celebrado en París (1984) y que culminará en la Conferencia Regional de los Países Mediterráneos que tuvo lugar en 1986 en España. Una presencia, especialmente viva en ciertas Comisiones y Grupos de Trabajo, como los de Población y Geografía Aplicada, y que originará con frecuencia comunicaciones e intervenciones de indudable mérito. En la misma línea se encuentran sus ajustadas y sugerentes intervenciones en las reuniones nacionales, en especial en las anteriores a 1976, en las que tuvo un cierto protagonismo.

Una obra difundida a nivel mundial y que le valió un significativo reconocimiento internacional, Doctor «Honoris Causa» por la Universidad de Montpellier, colaborador en la Gesellschaft für Erkunde de Berlín, Miembro correspondiente del Instituto Nacional de Montevideo y de la Sociedad Geográfica Italiana y con una participación importante en tres de las Comisiones de la Unión Geográfica Internacional. Además de sus responsabilidades en los Institutos «Elcano» y de «Geografía Aplicada» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y su integración en la veterana Real Sociedad Geográfica española. Dictó novedosos cursos en la Institución «Fernando el Católico» de Zaragoza y en el Instituto Geográfico Nacional en Madrid.

En muchos de sus discípulos existe una gran admiración, primero, por su entrega a la geografía y su gran capacidad de trabajo, después, por su indudable abertura a la innovación conceptual e instrumental que hizo de su trabajo científico un pionero en

muchos sentidos dentro de la geografía, iniciando la atención sobre la Geografía local y la Aplicada, y de las ciencias afines, como la cartografía temática y la teledetección. Y, por último, pero no menos, por su afabilidad, su preocupación por el buen uso del trabajo colectivo y una bien recordada disposición a la ayuda sin condiciones a quien pudiera necesitarla.

En conclusión, una personalidad relevante y una obra diversa, seria y, a menudo, novedosa, sin la cual no es posible entender y valorar en sus justos términos, y con sus lógicas luces y sombras, el desarrollo de una renacida geografía española, la posterior a 1940.

El fallecimiento en el mes de diciembre de 2009 de Alfredo Floristán Samanes, un excelente colega y un gran geógrafo, ha constituido una desgraciada pérdida para la comunidad geográfica española y, en mi caso, una dolorosa sensación de vacío personal y profesional. Alfredo fue un amigo entrañable, un generoso compañero de estudios a lo largo de toda nuestra carrera universitaria e, incluso, un científico generoso con el que tuve el honor de colaborar no sólo durante nuestra común presencia —Catedrático de Geografía él y Profesor Ayudante y Adjunto yo— en la Universidad de Granada sino después en nuestras respectivas cátedras en Zaragoza y Pamplona y en Granada y Madrid.

Caminos iniciados en la Facultad de Filosofía y Letras, como señaló en su momento aquel que nos inició —y nos cautivó— en los estudios geográficos, un joven y entusiasta Catedrático recién llegado a la Universidad de Zaragoza, José Manuel Casas Torres, al referirse a las bodas de plata con su actividad docente de Alfredo Floristán: «Nuestra amistad data de cuando yo llegué a la Facultad de Letras en 1944. Alfredo, con Joaquín Pardo Cajal, Joaquín Bosque y Bernabé Juste Salvador, se encontraban en el último curso de Licenciatura. Nos hicimos amigos enseguida».

Una relación nunca perdida y plena de frutos para Floristán y de la que obtuve numerosos beneficios. Y que, muy pronto, nos llevó a una experiencia que se ha convertido en casi un «mito» de los primeros momentos de nuestro pasado profesional, el Primer Curso de Geografía General y de los Pirineos celebrado en Jaca en el verano de 1946. Organizado por los Profesores y responsables del Instituto de Estudios Pirenaicos, Luis Solé Sabarís y José Manuel Casas Torres, en sus actividades —conferencias, trabajos prácticos, excursiones— colaboraron con ellos los que, en aquel momento, constituían la clave de la incipiente Geografía universitaria española, Manuel de Terán y Francisco Hernández Pacheco, de Madrid, Noel Llopis Lladó y Salvador Llobet de Barcelona, a los que se unieron como invitados el geógrafo portugués Orlando Ribeiro, entonces en plena preparación del primer Congreso Internacional de Geografía de la UGI celebrado, tras el término de la Segunda Guerra Mundial, en Lisboa en 1949, y el francés Pierre Deffontaine, discípulo y seguidor del hispanista Jean Brunhes, entonces en Barcelona en su Instituto Francés.

Entre el diverso conjunto de asistentes al Curso, profesores de Bachillerato tanto de Geografía e Historia como de Ciencias Naturales, entre los que se distinguían Adela Gil Crespo, Antonio Plá y José Tortajada, nos encontrábamos un pequeño pero muy interesado grupo de recién licenciados en Historia y aspirantes a geógrafos, unos procedentes de Barcelona, Montserrat Rubió y Juan Vilá Valentí, y otros de Zaragoza,

Alfredo Floristán, Joaquín Pardo, Ángel Abascal y yo mismo. Fueron unos días espléndidos para el recuerdo y pletóricos y ricos para nuestro aprendizaje que nos permitió facilitar y asentar nuestra todavía vacilante vocación.

Alfredo Floristán Samanes nació en Arguedas, uno de los lugares más significativos de la Ribera «tudelana» —así la llamó él mismo— de Navarra, el 26 de octubre de 1921. Ya Licenciado en 1945, Alfredo Floristán, tras alcanzar una plaza de Colaborador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en 1946, fue Ayudante primero y Adjunto poco después de la Cátedra de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza. Doctor en Geografía por la Universidad de Madrid en 1949 con un excelente estudio de su tierra natal, La Ribera Tudelana de Navarra, llevó a cabo una excelente carrera profesional que, con un talento natural extraordinario y una capacidad de trabajo más allá de lo normal, llevó a Alfredo Floristán a ser uno de los geógrafos europeos más conocidos y apreciados de su tiempo.

Doctor Investigador y Profesor en Zaragoza, amplió y completó su ya muy buena preparación científica gracias a una beca de la Fundación Rockefeller como profesor asistente en el Instituto de Geografía de la Universidad de Burdeos durante el Curso 1949-1950. Una estancia que, en un centro muy prestigioso dirigido por el reconocido geógrafo Louis Papy, y en el que preparaban sus tesis una generación de estudiosos de la Geografía francesa que enseguida alcanzaron puestos de excepción en las Universidades galas como P. Barrère, H. Enjalbert y G. Laserre, le permitió intimar y profundizar en los estudios de una de las primeras y más importantes Escuelas geográficas mundiales, la fundada por Paul Vidal de la Blache y confirmada por Emmanuel De Martonne y Albert Demangeon.

Una impronta que siempre reconoció Alfredo y que se percibe desde un primer momento en toda su obra, pero que nunca le impidió estar al día en cuantas novedades afectaron a la Geografía tanto francesa como de otros países europeos y americanos. Dos de sus primeros trabajos se fraguaron, aunque se publicaron en España, en el Instituto bordelés: *Bíganos y Marcheprime. Contribución al estudio de la vida rural en las Landas de Gascuña* (1951), un buen estudio que anticipa dos de sus grandes preocupaciones científicas, la Geografía agraria y los análisis locales y / o municipales, y «Los estudios geográficos en Francia» (1955), un artículo publicado en los primeros números de *Geographica* en el que analiza con cuidado, profundidad e inteligencia las características y peculiaridades de la escuela geográfica del país vecino, tan conocida, utilizada e influyente en la Geografía española anterior a 1940 y, no menos, en los decenios siguientes al término de la Guerra Civil.

Una relación mantenida desde entonces hasta el último momento. Primero, por su presencia frecuente en los Congresos de Estudios Pirenaicos que siempre congregaron a las principales figuras de la Geografía de los países de un lado y otro de la cordillera objeto de estudio. Después por su asistencia a muchas de las reuniones convocadas por diversas universidades galas. Y, en fin, quizás lo más relevante de esa confluencia, el hecho de que, en el «Homenaje» a Alfredo Floristán en sus bodas de plata con la enseñanza (Pamplona, 1981), de las treinta y tres firmas existentes, trece, más de un tercio, corresponden a profesores muy destacados de diversas Universidades francesas, no solo Burdeos, también Grenoble, Aix-Marsella, Toulouse.

A su regreso a España y, con toda la experiencia adquirida, revisa íntegramente su tesis que publican conjuntamente la navarra Institución «Príncipe de Viana» y el Instituto «Juan Sebastián Elcano» del Consejo en 1951. La obra, bien acompañada de una ilustración muy pensada, afirma Casas Torres, «marca un hito decisivo en la historia de la geografía española actual», y, en palabras del maestro portugués Orlando Ribeiro, «ponía el nivel de las tesis doctorales españolas a tal altura que ya no se podía pensar en 'salir del paso'». Las revisiones críticas a «La Ribera» aparecidas en España y en algunas revistas francesas insisten en lo mismo. Era la primera y previa instancia hacia la carrera en la Universidad.

La segunda fue su presentación a las oposiciones a Cátedras de Geografía celebradas en febrero de 1955 ante un Tribunal constituido por la práctica totalidad de los Catedráticos existentes entonces: D. Amando Melón y Ruiz de Gordejuela, D. Francisco Hernández Pacheco, D. Luis García Sañz, D. Ramón Otero Pedrayo y D. Manuel de Terán. Superadas con brillantez las numerosas pruebas que en aquellos años era preciso realizar, obtuvo la Cátedra de Geografía General y de España en la Facultad de Letras de la Universidad de Granada en la que permaneció hasta 1958, en que pasó por traslado a la de Zaragoza (1958-1961) y, enseguida, en 1961, a la recién creada Universidad de Navarra regida por el OPUS. La llamada de su tierra natal había sido y fue siempre una constante en su vida tanto privada como profesional. Había formado una familia, muy feliz, y casi ya numerosa, con una coterránea, Carmen Imizcoz, una espléndida mujer y una gran señora, y no lejos, sino muy cerca, estaba su lugar natal, su numerosa familia paterna y su «Ribera». Y en Navarra permaneció para siempre.

Para Alfredo Floristán la cátedra universitaria era, ante todo, un lugar para la enseñanza. Y él era —lo fue en todo momento— un gran docente, un excelente profesor. En los apenas tres años que permaneció en Granada sus alumnos lo acogieron sin problemas por el rigor, la claridad y la profundidad de sus exposiciones —dominaba magistralmente la pizarra y las diapositivas, a falta de otros medios más sofisticados no existentes—, de las que formaban parte los antes nada frecuentes trabajos de campo —y ahora abundantes y diversos— que organizó a fin de conocer y estudiar la región Penibética en la que Sierra Nevada, la Vega del Genil y la ciudad de Granada constituían sus florones máximos. Y en las que siempre contó con la cooperación del entonces Catedrático de Geología en Granada, José María Fontboté. Por mi parte, aparte mi incorporación a su Cátedra universitaria —me beneficié de su claridad mental y de su agudeza crítica en la redacción de mi tesis que estaba dirigiendo Casas Torres y que Alfredo prologó con palabras casi apasionadas y, sobre todo, amistosas.

Pero, además, era muy asequible y abierto con los alumnos, algo visible especialmente en las excursiones y, no menos, en su despacho. Un talante que no excluía una exigencia máxima y siempre justa en las pruebas a cumplir por los que seguían sus clases. En un momento indeterminado, en los pasillos de la Facultad granadina aparecieron una serie de fotografías hechas en el transcurso de esos trabajos de campo acompañadas de comentarios sumamente simpáticos acerca de aquellos encuentros, antes inexistentes, entre profesores y alumnos. Se creó así una tradición docente que, más tarde, por mi parte, primero, como ayudante y adjunto de su cátedra y, luego, ya como titular durante muchos años de la misma, procuré no sólo mantener sino asegurar en su futuro.

Sin embargo, la investigación y la difusión de los hechos geográficos fueron parte vital y continua en su quehacer universitario. Su misma preocupación docente le llevó, pese a su relativo entusiasmo por la teoría y la abstracción en el estudio de la Geografía, a algunas publicaciones afines a esa línea de trabajo aunque más metodológicas que conceptuales. En 1953, antes de las oposiciones a la cátedra y quizás en relación a la existencia en ella de un ejercicio con esa temática, publicó un interesante ensayo «Sobre el concepto y contenido de la Geografía». En esa misma línea, se pueden integrar «Los estudios geográficos en Francia» ya citados, de 1955. También en el mismo año cincuenta y tres, cuando con José Manuel Casas Torres estaba preparando una segunda línea de investigación en torno a la entonces naciente Geografía Local, en un volumen primero de *Iniciación...* se encargó de una parte importante de los capítulos dedicados a su metodología, «El relieve, el clima y las aguas», la «Geografía agraria» y la «Guía bibliográfica». Similar es el análisis de unas «Técnicas de trabajo para el estudio de los movimientos migratorios de la población» de 1959. Especial valor alcanzó en esta línea su colaboración con Casas en la concienzuda y exhaustiva «Bibliografía geográfica de Aragón» (1945) que parecía recordar en principio los seminarios dictados por uno de nuestros maestros zaragozanos, el gran historiador José María Lacarra, sobre metodología y epistemología de la ciencia y, en concreto, sobre una búsqueda bibliográfica imprescindible y previa a cualquier investigación.

En realidad, la mayoría de sus estudios y trabajos científicos tuvieron un objetivo directo y concreto, el territorio. Por un lado, de los rasgos naturales propios de la Geografía Física que cultivó con suma destreza y excelentes resultados: El modelado periglacial (1953), El clima de Pamplona y de las ciudades vecinas, los regímenes de los ríos del Iratí, Arga y Ebro medio en los años setenta, entre otros. Pero, su principal dedicación tuvo que ver, en especial, con todo lo referente a los elementos y factores de las actividades primarias y, más en concreto, del mundo rural, la Geografía agraria. Con la particularidad de su arraigo en principio a cada uno de los espacios en que a lo largo de su vida vivió y trabajó. Así, su relación científica con el espacio local y regional de cada momento fue siempre íntima, profunda y exhaustiva. Aunque no cabe dudar en la presencia permanente de una constante, Navarra.

Durante los años de permanencia y trabajo en Zaragoza, durante los inmediatos a su licenciatura y antes de su viaje a Burdeos como también en los tres años como Catedrático en Zaragoza, entre su estancia granadina y su definitiva incorporación a la Universidad de Pamplona, su dedicación al estudio de Aragón es importante. Colabora con Casas Torres en su empeño de llevar a cabo una exhaustiva investigación de los mercados y las comarcas del Valle del Ebro siguiendo hasta cierto punto una línea de trabajo inaugurada con anterioridad en Cataluña por Pau Vila y continuada por el Instituto de Estudios Ilerdenses. Su inicio fue una gran encuesta preparada, dirigida y analizada por José Manuel Casas Torres, sobre los mercados y las comarcas naturales de Aragón y extendida más tarde a otras provincias aledañas. Su inicial resultado, los tres Mapas de los Mercados de las Provincias de Huesca, realizado por Floristán, de Zaragoza, a cargo de Joaquín Pardo Cajal, y de Teruel, obra de José Vicente Araus Azlor, en todos los casos con la supervisión del maestro Casas. Como final, la ya comentada «Bibliografía geográfica de Aragón» del mismo Alfredo. Y todo ello, publicado en el

tomo correspondiente a 1945 de Estudios Geográficos, con un total de 283 páginas y tres grandes mapas desplegados.

Estos primeros años son también los de la preparación y redacción primera de su Tesis doctoral que le permitió un conjunto de trabajos sobre las «Bardenas Reales en el siglo XVIII», su primera publicación en Príncipe de Viana y sus contribuciones personales al Congreso Internacional de Lisboa, «Transformaciones económicas de las Bardenas (Navarra) y de las Vegas del Aragón y Berro circundantes» y al III Congreso Internacional de Estudios Pirenaicos (San Sebastián, 1952), «Juntas y mestas ganaderas en las Bardenas de Navarra», que culminarían en «La Ribera tudelana de Navarra». La iniciación de la investigación de temas locales en 1952 determina ese atractivo y bello aunque, en apariencia, corto ensayo, sobre El Valle de Helos (1953) que le introduce definitivamente en el corazón de Navarra, la cuenca de Pamplona.

Su traslado a Granada ya como Catedrático, le implicará en un mundo más o menos conocido por los textos y un tanto «mítico», donde nació su primer hijo y que, afirma Casas Torres, y puedo corroborar, que le atrajo e, incluso, le apasionó y que «desde aquellos años lleva (llevó) siempre en su corazón». Aparte su dedicación docente extrema e innovadora, su interés por las tierras granadinas dio lugar a una serie importante de memorias de licenciatura algunas publicadas resumidas y a un conjunto de artículos en algunos de los que pude contribuir con gran satisfacción por mi parte: publicados, dos de ellos, en Estudios Geográficos durante su estancia andaluza, «Los movimientos migratorios de población en la provincia de Granada» (1957), un trabajo que, aparte la manipulación estadística, nos obligó a numerosos viajes por la provincia y al envío de un cuestionario por toda ella, y «Los moriscos del reino de Granada, según Caro Baroja» (1958), un interesante comentario a un libro que en cierta forma le fascinó. Otro trabajo contemporáneo a estos dos fue nuestra «Densidad de población en la provincia de Granada» (1957), aparecida en el Boletín de la Universidad de Granada. Más tarde, ya en Zaragoza, aunque recogiendo materiales y reflexiones comunes de su estancia, el Boletín de la Cámara de Comercio e Industria dio a luz a dos artículos pioneros sobre la Vega de Granada, uno acerca de «La industria azucarera...» (1959) y otro referente a la «Evolución de los cultivos...» (1960).

Su incorporación a la Universidad de Navarra en 1961 le convierte, con una larga tarea de unos cuarenta años, en el gran investigador, conocedor y divulgador de la Geografía de Navarra, en ocasiones en colaboración con su colega de la Universidad de Zaragoza, Salvador Mensua —«Estructura agraria y sistemas de cultivo en la Cuenca de Pamplona» (1969)— y con el equipo que rápidamente se constituirá en torno a él, José Sancho Comins, luego Catedrático en Alcalá de Henares, María Pilar de Torres Luna, Agregada y Catedrática en Santiago de Compostela, María Ángeles Lizarraga, Isabel Beriaín, María Pilar Santesteban. Aparte de libros tan señeros como Navarra (1975), Urbasa y Andía, solar de los navarros (1978), o los numerosos artículos sobre muy diferentes lugares y hechos geográficos de la región aparecidos en el Diario de Navarra en 1978 y 1979, durante su estancia en Pamplona publicó hasta cuarenta estudios sobre la geografía de Navarra, básicos para el conocimiento de la región, que culminarían en cuatro obras por él dirigidas y coordinadas así como escritas en su totalidad o en buena parte. Los dos volúmenes de Itinerarios por Navarra aparecidos

en 1978 y 1979, el Atlas de Navarra, publicado por la Caja de Ahorros de Navarra en 1977, el Gran Atlas de Navarra de 1986 y los seis tomos de la Geografía de Navarra (1995-2002) patrocinados por el Diario de Navarra son, en definitiva, el espléndido fruto de una labor de toda una vida, en la que el amor y su preocupación por su patria chica dieron lugar a una investigación seria, concienzuda, profunda e innovadora que sólo algunas pocas regiones españolas han alcanzado hasta la fecha.

Para Alfredo Floristán la divulgación geográfica de calidad ha sido una de sus preocupaciones mayores. De ello, se ha derivado su intervención —a veces dirección y coordinación— en numerosas obras de gran empeño editorial. Dos ocupan un lugar de selección por su volumen y por su cuidada versión y presentación. En 1972 inició su colaboración en la Gran Enciclopedia Rialp, que finalizó en 1975; en sus veintitrés volúmenes las voces elaboradas por Alfredo son constantes pudiéndose calcular en unas setenta las dispersas a lo largo de casi todos ellos. Tarea similar desempeñó en la edición de una Geografía y Guía de España, apellidada Conocer España, publicada por la Editorial Salvat en once volúmenes entre 1973 y 1975.

Y ha colaborado con apartados de gran calidad en la Geografía de España coordinada por Rafael Puyol Antolín para la Editorial Síntesis con un interesante y agudo texto sobre España, País de Contrastes Geográficos Naturales (1988), en la Geografía de España de Editorial Planeta (1990), junto a J. Creus Novau y M. Ferrer Regales, con un excelente trabajo de casi cien páginas dedicado a Navarra, y, finalmente, en el tomo IX de la última Geografía de España publicada por Ediciones Gallach en 1994 y también describiendo a la misma región.

En fin, Alfredo Floristán Samanes, un geógrafo de estirpe, reconocido internacionalmente como uno de los grandes especialistas europeos en Geografía Agraria y el mejor conocedor de una región española con plena personalidad, nos ha dejado una huella imborrable. Y nos ha marcado un camino que merece un gran respeto y exige una continuidad que no sólo sus amigos y colegas aceptamos sino que sus numerosos alumnos y seguidores admiran. Aun más, si podemos aceptar e imitar al maestro y al investigador, tenemos sobre todo que reconocer al hombre de bien, al buen padre de familia y, en definitiva, al caballero intachable que ha sido capaz de dejarnos una positiva ejecutoria a seguir.

JOAQUÍN BOSQUE MAUREL
Universidad Complutense de Madrid
Real Sociedad Geográfica